

GRAN ROMANCE

DE DESEÑADO Y DOBLEZA DEL INDIJO JUÁREZ.

I.

LLEGADA.

Pisó la familia enferma
 La tierra veracruzana,
 Y entre vivas de contento,
 Y entre estrepitosas salvas,
 Las *jarochitas* nerviosas
 De *cachirulo* y mascadas;
 Y sus gruesos tabaquillos,
 Las negras más descocadas;
 De la nacional milicia
 No se diga ni palabra,
 Que era una hoguera brillante
 Por lo valiente y lo guapa.
 Como en procesión entramos
 Al relumbrar de las hachas,
 Redoblando los tambores,
 Repicando las campanas,
 Y agolpándose la gente
 A mirar á los que pasan.
 Iba el primero, el gran Juárez
 A quien Zamora acompaña,
 Y á quien adoraba el pueblo
 Porque era muy grande su alma.
 Manuel Ruiz, Ministro enclenque,
 Detrás de Juárez marchaba,
 Con León Guzmán, que ufano

En su brazo se apoyaba;
 Seguía la comitiva
 De la gente más granada;
 Agitaban sus pañuelos
 En los balcones las damas,
 Y nos arrojaban flores
 Por puertas y por ventanas.
 Así los recibió alegre
 La bien preparada casa
 En Puerta Merced famosa
 Con esmero preparada.

II.

INTIMIDADES.

Instaláronse en la casa
 Que fungía de Palacio,
 Ocampo y Prieto reunidos,
 Y Juárez en otro cuarto
 Que por su facha modesta
 Y su ausencia de aparato
 Era para el camarista
 Sin duda predestinado.
 Estaba la azotehuela
 Vecina, vecino el baño
 Con otros departamentos,
 Que mentarlos no es del caso,
 Juárez sólo se servía
 Por no molestar al criado.
 Al despertar con el alba
 Tomaba frío su baño,
 Lo mismo en Paso del Norte
 Que en Veracruz abrasado.
 Levántase con la aurora
 Juárez y la agua sobrante
 De la cara y de las manos
 Sacaba en una pandeja
 Con el mayor desenfado,
 Cuando topó con la criada
 Que tenía encomendado
 El gobierno de la casa,
 Que era negra de alto rango,
 Con la malicia en los ojos,
 Los retobos en los labios,

La ligereza en el cuerpo,
 Y lo manola en el garbo.
 Y ésta del desconocido
 Oyendo la voz de mando,
 Le dijo casi con ira
 «¡Habrás indio más igualado!
 «El agua lleve si quiere,
 «Yo no sirvo á los lacayos.»
 Juárez, humilde, en silencio,
 Tiró el agua y volvió al baño,
 El arranque de la negra
 Con sonrisa celebrando.

III.

EL ALMUERZO.

A la hora del almuerzo,
 Y de Juárez en espera,
 Ministros y convidados
 Se formaron en la puerta,
 Y detrás de aquella valla
 Está esperando la negra
 Quién sería el Presidente
 Para darle preferencia;
 Ya se fijaba en Ocampo
 Y le hacía horrenda mueca,
 Ya en Guzmán, mostrando dudas,
 Por su traje y cara enferma;
 Ya en mí, á quien todos trataban
 Con confianza y con llaneza.
 Oyóse ruido de pasos,
 Sale un hombre de las piezas,
 Todos con gran compostura
 Le hacemos la reverencia;
 Y la negra soltó un grito
 Emprendiendo la carrera,
 Este, le grita, Petrona
 (Nombre de la heroína nuestra)
 No me detenga *crijliano*,
 Déjeme usted que me muera,
 Porque no hay mujer más bruta
 En toditita la tierra.
 Juárez serenó á Petrona
 Refiriéndonos su anécdota,

Y de cariño y confianza
 Le dió repetidas muestras.
 Aquello mostró, de Juárez,
 La bondad y la modestia,
 Que eran entre sus virtudes
 Sin disputa las primeras
 Columnas en que estribaba
 Su indisputable grandeza.

Diciembre de 1896.

GRANDE Y CON TODA VERDAD

DOLOROSO ROMANCE DE VERACRUZ.

I.

ALLA VOY.

Era Gutiérrez Zamora,
De gobernantes dechado,
Hermosos y azules ojos,
Pelo rubio y entrecano,
Llenos, carnudos carrillos,
Papada, gruesos los labios,
El conjunto tan abierto,
Tan sin sombras y tan franco,
Que en él confiaban los hombres,
Le adoraban los muchachos,
Y al verlo las *jarochitas*
Decían: ¡Ay qué regalo!
En la Caleta, en el muelle,
Despertaba el entusiasmo
Su vista, y los cargadores
Erguidos y levantados:
Don Manuel—le apellidaban,
Don Manuel—venga esa mano;
Don Manuel nos derretimos
Si no nos manda Ud. un trago.
Y Zamora complaciente
Los llenaba de agasajos,
Se mezclaba á sus contentos,
Aliviaba sus cuidados
Sin tocar en la llaneza,

Su autoridad conservando.
Y esos hombres tan altivos
Eran nervio del Estado;
Eran guardias nacionales,
Orgullosos voluntarios,
Tornándose al son de alarma
En invencibles soldados.
Muchas veces en la Aduana
Estaban enfiardelando
Y al escuchar la *llamada*,
Tercios y empaques dejando,
Corrían á la muralla
A rifarse en los plomazos;
Como quien corre á una fiesta,
Como quien corre á un fandango,
Diciendo á los artilleros
Con mucho desembarazo
Ese *obús* *haja* el *pejcuezo*
Atájquelo señor amo,
Para que sientan los *mochos*
Los bríos veracruzanos.
De los guardias nacionales
Zamora era jefe nato
Y por lo tanto entradores
Como una legión de diablos.

II.

JUAREZ EN VERACRUZ.

Zamora acogió al gobierno
Y le dió la primacía,
En él resignando el mando,
Sin coto ni cortapizas,
Sin reserva, sin embozos,
Sin restricción ni malicia.
Hizo más, puso su caja
De comercio, que era rica,
A discreción del gobierno
Y todo lo que valía.
Pepe Zamora llevaba
De ese comercio la firma,
Rígido como un guarismo,
Puntual como inglesa cita,
De su crédito celoso

Como lobo con su cría.
 Su caja era nuestro Erario
 Y aunque fuerte, no podía
 Resistir de nuestros vales
 A las recias investidas.
 Don Pepe préstamos busca,
 Varios recursos arbitra,
 Y á los más desesperados
 Medios acude á porfía,
 Llegando al colmo sus penas
 Y á lo imposible sus cuitas.

III.

EL SITIO.

La Heroica sitiaba ardiente
 El invicto Macabeo,
 Y los médanos famosos
 Eran médanos de acero.
 A la ciudad espantaba
 Horroroso bombardeo,
 Estremeciendo los aires
 Con sus espantosos truenos,
 Derribando las paredes,
 Hundiendo los altos techos,
 Propagando incontenibles
 Los horrores del incendio.
 Las familias espantadas,
 Entre lloros y lamentos,
 Vagaban sin saber donde
 Librar del horrible riesgo.
 Los hospitales dejaban
 Vacilantes los enfermos,
 Envueltos en los sudarios
 Como procesión de muertos.
 En tanto, Ramón Iglesias,
 Con tropa de noble ejército,
 Y Manuel Zamora, listo
 Con su brazo y con su pueblo,
 Rechazaban los embates
 Con poderoso denuedo,
 Y cada señal de triunfo
 Era un mundo de contento.
 Enrique Ampudia, Pancho Aspe,

¡Que valientes artilleros!
 ¡Zárate qué decidido!
 Y qué patriota era el viejo!
 Zamora siempre presente
 Do estaba más vivo el fuego;
 Ya dando voces de mando,
 Ya cual soldado sirviendo.
 Era un Cid Alberto López;
 Llave, un asombro, un portento;
 Y otros muchos campeones
 Que por mi mal no recuerdo.
 Juárez, Ulúa ocupaba
 Con la gente de Gobierno,
 Y Fidel el copletillo,
 A quien tanto conocemos,
 Redactaba un *Tío Cualandas*,
 Periódico bullanguero,
 Regocijo en los cuarteles,
 Guitarra del bajo pueblo,
 Pero para el *mocho* indigno
 Inagotable en veneno.
 Y atención, noble auditorio,
 Que vá lo mejor del cuento.

IV.

CONCLUSIÓN.

Miramón, desesperado
 De la tenaz resistencia
 Y sabedor de que Márquez,
 Se hallaba en angustia extrema
 Por fuerzas de Degollado
 Procedentes de Morelia.
 Se decidió á un recio embate
 Por no recuerdo qué puerta,
 Y al frente puso cañones
 Y allí su fuerza se apresta,
 A aniquilar los contrarios
 Decidiendo la pelea.
 Aquel sitio es un infierno;
 La sangre empapa la tierra,
 Los muertos y los heridos
 Rebalzaban la trinchera.
 En tanto Pepe Zamora

Por no se qué peripecia
 Cree su honor comprometido
 Con no pagar unas letras;
 Decirlo fuera á su hermano
 El deshonor y vergüenza,
 Callarlo era sepultarse
 De la deshonra en la quiebra;
 Decir su cuita al Gobierno,
 Recordándole sus deudas,
 Era inútil, que el Gobierno
 Se encontraba en la miseria;
 E invadiendo la locura
 Su atormentada cabeza,
 Recurriendo á una pistola
 Puso fin á su existencia.

Encontrábase Zamora
 En lo cruel de la refriega,
 Cuando la horrenda noticia
 Vino á punzarle la oreja;
 Pero él sin decir palabra,
 Ni de su dolor dar muestra,
 Siguió luchando en su puesto,
 Alzada la faz serena,
 Victoriando á nuestra patria,
 Brillante con su entereza
 Hasta ver á su enemigo
 Retroceder en la arena.

Entonces, en medio á las dianas,
 Al regocijo y la gresca,
 Se retiró á su aposento
 Donde su hermano se encuentra,
 Y abrazado á su cadáver
 Soltó á su dolor la rienda.

Diciembre 7 de 1896.

GRANDE Y FUNEBRE

ROMANCE

DEL FIN Y REMATE DEL GRAN PATRIOTA CRUZ AHEDO.

I.

Gobernador de Durango,
 Era Miguel Cruz Ahedo,
 Gloria de los liberales,
 Odio y espanto del clero,
 Al que sujetaba cauto
 Con un vigoroso freno.
 Apoyaba con su tropa
 Francisco Arce, aquel Gobierno,
 Su fuerza moralizada
 Desde Chihuahua trayendo,
 Dejando por do pasaba
 Gratos y dulces recuerdos.
 Jesús González Ortega
 Llegó á Durango á ese tiempo
 Y se adunó con Patoni
 Que fungía, sin saberlo,
 Como instrumento inconsciente
 De los *mochos* traicioneros,
 Que con astucia y con maña
 Vertían sutil veneno
 En los círculos más íntimos
 De amigos y compañeros,
 Propagando subterráneos
 Los más fútiles pretextos,
 Y todo, todo en el fondo
 Era cuestión de dinero,
 Que con Patoni y Ortega
 Soñaban tener provecho.

Después cautos y sagaces,
 Con previsión y silencio,
 Los agudos padrecitos
 Red invisible tendieron
 A los bravos oficiales
 Y hasta los bruscos sargentos,
 Organizando atrevidos
 Un formal pronunciamiento
 Para cambiar mandarines
 Con un cambio de Gobierno;
 Y para efectuar sus planes
 Fijaron día y momento.

II.

EL ALMUERZO.

Como buenos camaradas
 En charla franca y amiga,
 En el Hotel Guadalupe
 Hay tres personas reunidas
 Al rededor de una mesa,
 En que almuerzos se servían:
 Era uno, Jesús Ortega,
 Lengua fácil y expresiva;
 El otro, Miguel Ahedo,
 De económicas sonrisas,
 Flaco, pálido y con ojos
 Que como hogueras ardían;
 El último, Francisco Arce,
 Alto cuerpo, gran barriga
 Y del honrado rancho
 La imagen exacta y viva.
 De pronto se acerca un criado,
 Y al Gobernador avisan
 Que se oye en el Cuartel de Arce
 Una extraña gritería.
 Cruz Ahedo deja el asiento,
 Francisco Arce va en seguida,
 Arrollan los centinelas
 Que su paso detenían,
 Y soldados en la altura
 De San Francisco divisan
 Con de la O, sargento
 Que en los soldados influía.

Pero Miguel y Francisco
 No dudan y no vacilan,
 Al Cuartel entraron bravos
 Donde hallaron prevenida
 La tropa en son de batalla
 Insurrecta y agresiva.
 Pancho Arce cierra la puerta,
 La llave resuelto tira;
 Y ambos amigos deciden
 Vender muy caras sus vidas.
 Un Urangaray perverso,
 Soeces injurias vomita,
 Atizando de Cruz Ahedo
 El vivo fuego de la ira.
 Solos, frente á los fusiles,
 Ahedo y Arce detenían
 Los ímpetus furibundos
 De la tropa decidida.
 Al fin los jefes avanzan
 Intrépidos á las filas,
 Los recibe una descarga
 De la que ilesos se miran,
 Y se hacen de unos marrazos
 Que á unos soldados les quitan,
 Entonces encarnizada
 Sigue la sangrienta riña,
 Los jefes derraman sangre
 Por numerosas heridas,
 Y así luchan y así avanzan
 Y destrozan y aniquilan;
 Entonces otra descarga
 A quema ropa les tiran;
 Y en medio de un mar de sangre
 Dejó Cruz Ahedo la vida.
 Pancho Arce cayó á su lado
 Hecho su cuerpo una criba,
 Y caído, agonizante,
 Su noble acero esgrimía,
 Hasta que invandió el desmayo
 Su poderosa energía.

III.

Los oficiales tuvieron
 En premio de su vileza,

Muchos grados y favores,
 Honores y recompensas;
 Ocultos otros gozaron
 De los dones de la Iglesia,
 Además de bendiciones,
 De gracias y de indulgencias.
 Sobre de Ortega y Patoni
 Se extendió una sombra negra,
 Que aunque disipó pujante
 El viento de su inocencia,
 Provocó por aquel tiempo
 Graves cargos y anatemas.
 En el hondo subterráneo
 De tenebroso misterio
 Que la tiniebla resguarda
 Y que custodia el silencio,
 Dicen que unos jaliscienses
 Hicieron el juramento
 Con resolución terrible,
 De vengar á Cruz Ahedo,
 Como ardientes liberales,
 Y que Canto estaba entre ellos.
 Yo no se lo que pasaba;
 Y no atino con lo cierto:
 Se que al regresar Patoni
 De honra y de gloria cubierto
 A su hogar y su familia,
 Y de su tierra en el seno,
 Por el mandato de Canto,
 Que de Durango, el Gobierno,
 Ocupaba con disgusto,
 Sin motivo ni pretexto,
 Sin fórmula, unos soldados
 Le asesinaron siniestros;
 Y que Canto quedó impune
 Con escándalo del pueblo

Diciembre 9 de 1896

GRANDE Y EMPEÑADO ROMANCE

DE LAS LLADURAS DEL MAR,

O SEA DEL LLAMADO ANTON LIZARDO.

I.

PARA PREBAR EL GUISAO.

Para cantar el romance
 Que aparece en mi memoria
 Alas quisiera de brisa;
 Que el mar me diera su pompa,
 Y que corriera mi musa
 Gentil sobre de las olas,
 Derramando como flores
 De mis cantares las notas.
 Más mucho hace quien del cuervo
 Tiene infeliz la voz bronca
 Y se esfuerza del jilguero
 Fingir la tonada armónica:
 Y aquí empieza mi leyenda;
 Atención y punto en boca.

II.

EL SITIO DE VERACRUZ.

Progresaba la Reforma,
 Y Miramón aburrido
 Dijo: perdemos el tiempo
 Si no desaparece el indio;
 Aplastemos la cabeza
 Del mónstruo; rompase el ídolo,